

# VARIACIONES DEL VOLCÁN

*(El volcán y su sombra)*

**S**IDERAL, progresivo, fustigando el espacio  
de rojo inusitado, abre su ala terrible  
que en el abismo tensa niega el horizonte:  
lo que se eleva, alaba.

Solo en su base de basalto y lavas,  
murmurante, tiñe el matiz antiguo.  
Bate solícito con su plumaje  
el haz de la planicie ilimitada.

Rocas y viento y pájaros vacilan  
cuando el pozo de sombra congrega su alquitrán  
en el hondo aguamar de las piedras absortas.

Una pesada nube sin sigilo se posa  
sobre esa orfebrería, aquí no extinta.  
Y a la sombra responde roncamente.

Equidistante de la piedra y de la nube,  
puntuando su equilibrio, que en la noche  
sin estrellas resiente eternidades,  
sueña el volcán el lujo de sus alas.

Desparramado en sus raíces, laberinto  
alzado por la luna el eco corporal  
hacia los cuatro puntos cardinales  
despliega su laconismo imborrable.

Abanico de erguidas claridades  
materializan la extensión y la forma  
la avidez de un volumen que aún sueña subir.

El monte vuela y halla un centro en todas partes,  
con una piedra pómez lija sus abalorios  
y se arrebuja en la oscuridad rezumante.

Ya la lengua del volcán enemigo  
moviliza sus rocas, trenza con acrimonia  
en el aire su opacidad, su audacia.  
Recientemente desparrama su estela.

Entre la eternidad y la nada  
paletadas de plata negra.  
Un rastro de terror, soplo del soplo.  
Y su atracción aumenta. Quemándose, se crea.

Así, cuanto más vacila su cuerpo rajado  
más armoniza la cauda de ese oleaje,  
como si despuntara el cono traslaticio.

Y lleva por el llano su batalla hasta el alba  
mientras los ojos fijan el cántaro morado  
y su espiral en el paisaje.

Al caer sobre el monte, la noche ata  
con tenaz parsimonia sus llamas sibilinas  
a la cresta nupcial, anegándola.  
A tajos suben nubes.

Entre el volcán y el aire se interponen  
los ruidos del comienzo. El ojo se acomoda  
a la alta lejanía, como animal terrestre.  
El ojo agrupa el grumo del volcán.

Con las manos abiertas entonces rememora  
la fruición del espacio que circunda y sujeta  
la experiencia de la inmovilidad.

Dios hundido en la piedra, aire sin nieve,  
solo, agudo de rocas, iza su soledad  
azul, su pavoroso centelleo.

El volcán bruñe su territorio inconciliable,  
sumergido en la sombra y ascendiendo  
(como todo lo vivo) reverbera  
y se olvida de la noche y el viento.

Arenisca o roca dura, es lo mismo,  
atentas a la veloz diversidad.  
Un brusco vaho imanta como montón confuso  
el cuerpo no movilizado.

Y en los dominios de la luz cuajada  
relativiza el ala de su círculo,  
aun en el auge de su ardor ligera,  
aun en el brillo de su acción arcana,  
entre la indiferencia del granito  
y la melancolía de la nieve.